



Di quella pira...

Antonio García Gutiérrez, *El trovador*.

Edición, prólogo y notas de María Luisa Guardiola Tey
con la colaboración de Francisco J. Rodríguez Risquete.

Estudio preliminar de Alberto González Troyano.
Barcelona, Centro para la edición de los clásicos españoles.
Galaxia Gutenberg. Círculo de Lectores, 2006.



¿Qué autor dramático español podría aspirar a convertirse en primera figura del repertorio operístico internacional codeándose con Schiller, Shakespeare, Hugo o Goethe? Pues lo hubo, y no precisamente de manos de un músico vulgar, sino de Giuseppe Verdi, el gran operista italiano de quien nos recuerda González Troyano en el estudio preliminar de esta edición el gran cuidado que ponía en elegir los textos sobre los que componer sus óperas: «Porque los datos biográficos señalan que el compositor italiano empeñaba una minuciosa voluntad personal en la búsqueda de las «fuentes literarias» que precisaba. [...] Estaba atento, pues, a lo que producía el teatro contemporáneo europeo, sin esperar a que las obras fuesen traducidas y representadas en Italia. Por ello no sería descabado pensar que gran parte de los logros musicales verdianos se originaron ya en esta operación previa: la de presentir el germen lírico que almacenaban las fuentes literarias elegidas» (p. X).

Antonio García Gutiérrez fue, en efecto, el autor español favorito de Verdi: dos de sus obras, *El trovador* y *Simón Bocanegra*, sirvieron como base a sendas óperas del italiano, con tan grande fortuna que al menos la primera se ha convertido en una de las más aclamadas del repertorio lírico de todos los tiempos. (Se puede recordar que es esta la que se canta y representa en la arquetípica comedia marxista *Una noche en la ópera*.) Esta

circunstancia podría haber hecho que el tremendo drama del trovador Manrique y la gitana Azucena alcanzara igual rango en el repertorio teatral español. Pero el agudo lector ya sabe que no es así. La obra que hizo célebre a su joven autor en una noche de 1836 y que introdujo en España la costumbre de llamar al autor a saludar tras el estreno, el drama que hizo triunfar el Romanticismo en España, ha desaparecido de los escenarios.¹

Afortunadamente, no lo ha hecho del canon académico, lo que permite que se la siga estudiando y publicando en ediciones tan pulcras y eruditas como la que comentamos. Ya contaba *El trovador* con una muy buena edición, la de Jean-Louis Picoche en la desaparecida editorial Alhambra, y otras muy correctas en Labor, Cátedra y Planeta. La de María Luisa Guardiola las tiene en cuenta y las mejora en cuanto ofrece una edición crítica de acuerdo con las normas de la colección Biblioteca Clásica en que se inserta: determinación del estema de la obra, cotejo de todos los textos conocidos, aparato de variantes y abundancia de notas de carácter explicativo, además de una amplia bibliografía y un estudio introductorio que recoge la historia del texto y de su valoración a lo largo del tiempo.

Cuenta, además, esta edición con una clara ventaja sobre sus antecesoras, y es la utilización, por primera vez, de un manuscrito autógrafo de *El trovador*, descubierto en la Biblioteca de la Real Academia Española y que constituye, según demuestra la profesora Guardiola, la copia en limpio que se utilizó en los ensayos del estreno, realizada por el propio García Gutiérrez: «Basta con hojearlo para convencerse de que no estamos ante un borrador, con las indecisiones y tachaduras constantes que serían de esperar en una obra en proceso, sino ante una copia en limpio transcrita por el propio autor y con carácter más o menos definitivo, susceptible de recoger, en todo caso, retoques esporádicos y supresiones de última hora» (p. LXIV). La utilización de este documento de «extraordinario valor filológico» permite a la editora establecer una historia del texto y aproximarse al estema definitivo de la obra.

El trovador está escrito en prosa y verso, siguiendo un esquema utilizado por el Duque de Rivas que hizo fortuna en el primer Romanticismo español. Pero más tarde se impuso la utilización exclusiva del verso y en 1851 García Gutiérrez, ya autor famoso, hizo una refundición de su drama versificando las escenas en prosa e introduciendo cambios en la estructura de la obra que hiciesen más coherente la acción dramática.

María Luisa Guardiola publica en el Apéndice I de esta edición las escenas en verso, lo que supone que en el libro se encuentran las dos versiones, la de 1836 y la de 1851, si bien esta segunda es de lectura muy dificultosa, pues es necesario saltar de una versión a otra en un involuntario remedo de *Rayuela*.

Con todo ello, tenemos ante nosotros una edición rigurosa y muy completa de un texto que suscitó el entusiasmo de Larra (los párrafos más interesantes de las dos críticas que le dedicó *Figaro* al drama en 1836 se incluyen en el Apéndice III) y, como señalábamos más arriba, el de Verdi. Un texto imprescindible para conocer y valorar esa época de libertad, de entusiasmo juvenil, que fue el primer Romanticismo español.

Fernando Doménech

NOTAS

¹ Como el resto del repertorio romántico español, si exceptuamos *Don Juan Tenorio*, de Zorrilla. ¿Es este el lugar para pedir que alguno de los centros dramáticos nacionales reserve un espacio para la reposición del gran repertorio del XIX y el XX?